El mito del matriarcado en Juchitán

Iván Rincón Espríu

Juchitán de Zaragoza, en el Istmo oaxaqueño, constituye un enclave de resistencia secular en defensa de una identidad autóctona, cuya continuidad se debe especialmente a la participación de la mujer en la vida económica, política y cultural de su comunidad.

Tanto el sostenimiento económico en uno de los estados más pobres del país, como la persistencia cultural en usos y prácticas ancestrales y su extensión a una intensa lucha política del pueblo juchiteco por el poder municipal, forman parte de una liberadora experiencia en la que ha sido protagónico el papel de la mujer juchiteca. Su mayoritaria presencia en el mercado, en la plaza y en las calles de la ciudad, nos habla de una relativa preponderancia femenina en el seno de la comunidad zapoteca, de la cual Juchitán es el centro político, cultural y comercial más importante. Esta relativa preponderancia se traduce en un aparente matriarcado (sociedad de mujeres, según Víctor de la Cruz), en el que la mujer es quien administra el ingreso familiar, además de ser generalmente la que lleva el dinero a la casa, encabeza movilizaciones y actividades organizadas y reproduce cotidianamente una cultura ancestral con su escrupuloso apego a la tradición local.

Rotmi Enciso

Por supuesto, no se trata de una vertiente práctica del feminismo ni de ninguna ideología determinada, sino de un fenómeno social y cultural fincado en profundas y milenarias raíces.

I

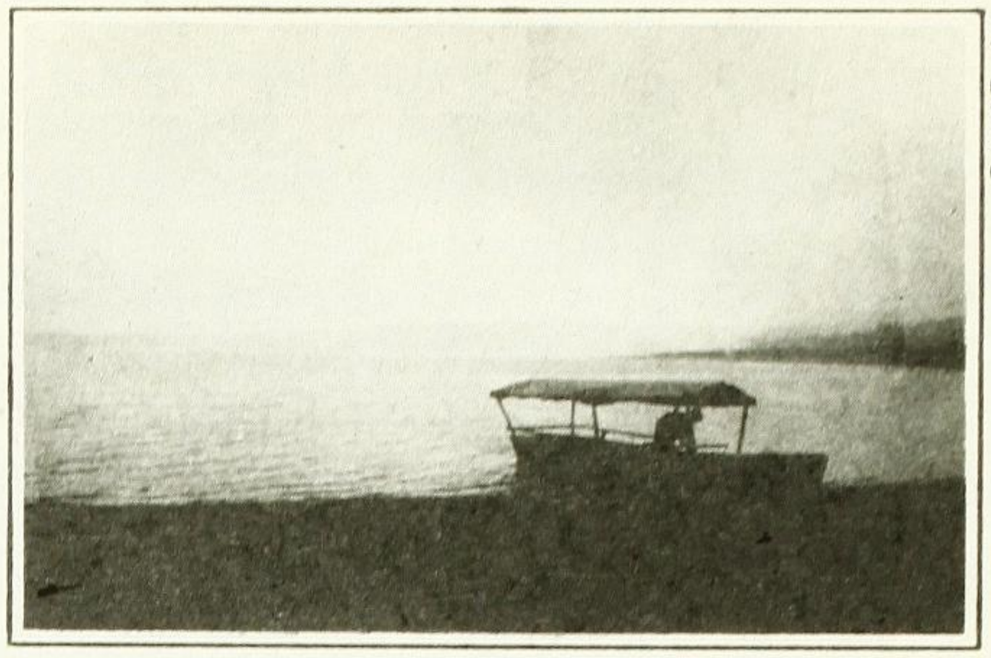
Lo que ha creado el mito del matriarcado en Juchitán es fundamentalmente la participación femenina en la vida económica de la comunidad, no sólo por el ingreso que dicha participación representa para la familia, sino también por el control que la mujer ejerce sobre la economía familiar. La abrumadora presencia femenina en el curso de las actividades regulares del día -según la explicación más común del propio juchiteco- se debe a que los hombres se preparan desde las primeras horas de la madrugada para trabajar como campesinos y en una menor medida como pescadores, por lo que su jornada laboral termina cuando aún es de día, y al regresar entregan su cosecha o su pesca a la mujer, para entonces dedicarse a descansar.

Los campesinos suman el mayor porcentaje de la población económicamente activa del municipio y casi siempre complementan su labor con la pesca o alguna otra actividad económica, aparte de los que son exclusivamente pescadores; es decir, que a los hombres en general les corresponde la producción de bienes de consumo, mientras que las mujeres se encargan del procesamiento y la comercialización de esos bienes, con los que algunas incluso viajan para comerciar.

En Juchitán la mujer es sinónimo de comerciante, muestra de lo cual es su evidente predominio sobre el mercado *5 de Septiembre*, actualmente el principal del municipio y hasta hace algunos años el único, en donde tres cuartas partes (75 por ciento) de los comerciantes son mujeres y la cuarta parte restante (25 por ciento) está compuesta por hombres, sobre todo abarroteros y carniceros. Por su actividad comercial, las juchitecas se relacionan además con las mujeres de otras comunidades que trabajan en este mercado, como las huaves, que venden chivo y camarón, las mixes, que venden café, o las capitalinas de Oaxaca, que venden legumbres. En este mercado se observa también una supremacía de las mujeres juchitecas sobre las de otras comunidades, pues mientras que las primeras venden en puestos bien instalados, las segundas lo hacen en puestos improvisados o en el piso. Tanto los hombres como las mujeres del mercado están organizados en la Unión General de Locatarios *20 de Noviembre*, cuyo secretario general, paradójicamente, ha sido siempre un hombre.

Cuando la división genérica del trabajo es como se describe, la mujer es quien lleva el dinero a la casa y quien, por añadidura, lo administra. Los campesinos, cuando no son también pescadores, generalmente complementan su actividad con un trabajo remunerado y desde luego hay quienes son únicamente asalariados, caso en el cual es el hombre quien lleva el dinero a la casa, aunque sigue siendo la mujer quien lo administra. De ahí que una costumbre lugareña sea que el marido asalariado entregue su sueldo a la mujer, no sin antes quitarle una pequeña parte para sus gastos personales, que suelen ser en cervezas y cigarros. Esta pequeña parte del sueldo con la que se queda el marido es denominada en zapoteco *xquieni* o *rireexquie*, que significa un apéndice (algo así como el pene) del ingreso familiar. Tanto en un caso como en el otro es la mujer quien administra dicho ingreso, por lo que suele observarse que un hombre quede a deber dinero en una cantina o algún establecimiento comercial y que al día siguiente se haga presente la mujer para saldar la cuenta.

Lo anterior, sin ser ningún vestigio de matriarcado, le confiere a la mujer juchiteca una posición de relativa preponderancia, la cual no escapa del todo a la tradicional relación de dominio por el hombre. En Juchitán, aunque aparentemente menor que en otras partes de México, dicha situación también existe y no sólo en el caso de que el ingreso familiar por el trabajo del hombre hace innecesario el de la mujer, sino también cuando el trabajo del hombre no es más importante para la manutención de la familia que el de la mujer. En ambos casos, el llamado trabajo doméstico es generalmente realizado por la mujer, lo que incluso es más frecuente cuando ésta trabaja también por el sustento familiar en una doble jornada laboral.



Rotmi Enciso

II

Aunque superficial, otra expresión del papel que ha jugado la mujer juchiteca en la historia reciente de su municipio es la invariable presencia femenina en las actividades organizadas, trátese de costumbres y tradiciones locales o de movilizaciones sociales en defensa de los derechos de todo un pueblo al que ancestralmente se ha querido sojuzgar, pero que se ha caracterizado siempre por una extraordinaria rebeldía y combatividad. Nunca faltan las mujeres en las marchas y los mítines, en los que incluso son ellas quienes más gritan o quienes gritan con más fuerza, van al frente y reafirman, no sólo su pertenencia a una comunidad autóctona, sino también sus convicciones políticas, las cuales son congruentes con su identidad cultural.

El intenso ajetreo político que ha vivido Juchitán durante dos décadas es el resultado de una lucha secular que los pueblos del Istmo han librado por la continuidad de su cultura, por recuperar o mantener sus antiguos espacios de organización social y por mejorar sus condiciones de vida. Se trata de una lucha que trasciende de lo más cotidiano en la vida de la comunidad (su persistencia cultural) a la reivindicación de la indivisión territorial y la autonomía como derechos colectivos. En Juchitán, especialmente, se trata de una reivindicación del derecho a la democracia directa en la autonomía política y el desarrollo económico y social del municipio libre, partiendo de una

cotidiana lucha cultural. En este proceso ha sido decisivo el papel de la mujer, tanto por su persistencia en los "usos y costumbres" característicos de la cultura zapoteca, como por su participación en la vida económica de la comunidad y en el sostenimiento de su familia.

Experimentada en la pugna diaria por el sustento familiar, la juchiteca es también una mujer politizada. Su actividad económica la mantiene directamente vinculada con el entorno social y, en consecuencia, relacionada con los problemas de la comunidad en su conjunto. Por eso en las luchas de la Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI), la mujer ha resistido la más feroz embestida del autoritarismo gubernamental, ha desinhibido su deseo de libertad frente a los inhibitorios recursos represivos del gobierno y ha conquistado y defendido en cinco ocasiones el poder municipal, dando cuenta del arraigo de una vocación democrática en la cultura política de su organización, frente al arraigo del fraude y la manipulación en la cultura política del partido oficial.

De ahí que, a pesar de haber iniciado su participación política originalmente al lado de su compañero, su padre o su hermano, la mujer juchiteca ha reafirmado como una decisión autónoma su compromiso con las luchas del pueblo en defensa de sus derechos históricos y su dignidad y por todo cuanto supone vivir en un municipio realmente libre, además de que en el curso de esta reafirmación ha hecho también su aporte a las luchas por vivir en un estado y un país libres.

III

En Juchitán, como en otras partes del Istmo, es principalmente la mujer quien mantiene vivas las costumbres y tradiciones propias de la cultura zapoteca, una cultura que se resiste a ser gloria del pasado y que florece diariamente de sus antiguas raíces como realidad presente. La juchiteca protege su cultura de integraciones y asimilaciones a la cultura dominante y de la devastación de las antiguas civilizaciones por la modernidad capitalista, con su participación protagónica en las festividades locales, tales como las de mayordomía o como las caravanas y procesiones relacionadas con las ceremonias tradicionales del matrimonio juchiteco. Todo en estas ceremonias gira en torno a la virginidad de la novia, un requisito que la mujer misma se impone para que los pasos previos al matrimonio tengan lugar con apego a la tradición local, por lo que la pérdida de dicha virginidad durante la llamada noche del rapto y no antes es festejada entre los familiares del novio, más por la mujer que por el hombre. Al mismo tiempo que reproduce cotidianamente elementos culturales como los mencionados, la mujer asimila elementos de culturas ajenas que les sirven a los propios, como es el caso del empleo de una técnica europea en la fabricación de los elegantes trajes femeninos tradicionales.

El hombre, por su parte, dejó de usar hace más de un siglo su atuendo "típico", del que a duras penas sobreviven el sombrero y los huaraches, lo cual no ha sucedido con la mujer, que ostenta su autoctonía con el uso de huipiles de encaje plisado y almidonado, blusas bordadas a mano, largas enaguas, trenzas adornadas con flores y joyería rematada; elegancia y tradición combinadas que, ajenas a las exhibiciones de aparador, constituyen una expresión del arraigo femenino en la vida diaria del municipio; porque con su atavío, la juchiteca refrenda cotidianamente un compromiso con la comunidad de la que forma parte a reproducir una cultura ancestral y asegurar su continuidad, ejemplificando así el orgullo por un estilo de vida y por una identidad. Y del mismo modo en que orgullosamente hace gala de una identidad comunitaria con su indumentaria tradicional, la mujer juchiteca diversifica su persistencia cultural en usos y prácticas cotidianas al musicalizar el lenguaje, hablando en zapoteco, un idioma dulce y femenino que ha heredado de sus padres y ha legado a sus hijos y que por algo es denominado "lengua nube".

Juchitán, "el lugar de las flores blancas", constituye así un espacio vital para la cultura zapoteca, una cultura milenaria que, reproducida y actualizada principalmente por la mujer juchiteca, tiene ahí la garantía de que incluso en el futuro seguirá estando presente.

Miguel Ruiz